

tan pronto cojidas como olvidadas? ¿No está deseoso de cojer el tiempo y avanzar en la vida? El amor es nuestra segunda transformacion. Entre Carlos y Eugenia la infancia y el amor fueron una misma cosa: fueron la pasion primera con todas sus niñerías, tanto mas alagüeñas para el corazon en cuanto las cubre un tinte de melancolía. Debatándose en su nacimiento bajo las negras gasas de luto, aquel amor estaba mucho mas en armonía con la sencillez provincial de aquella casa medio arruinada.

Carlos comprendió la santidad del amor, del que su querida Ana no le habia hecho conocer mas que las borrascosas tormentas, y comprendióla al hablar con su prima cabe el brocal del pozo, en aquel silencioso patio, ó bien al permanecer con ella en el jardín, sentados ambos en un banco muzgoso hasta la caída del sol, ocupados en decirse fruslerías, ó recojidos en la calma que reinaba entre la muralla y la casa, asi como suele estarse bajo los arcos de una iglesia. En tales instantes, Carlos prefería el amor puro y verdadero á la pasion brillante, coqueta y vanidosa de Paris. Despues, hacia ya tres días que se encontraba en aquella casa, cuyas costumbres empezaba á comprender.

Por la mañana bajaba temprano á fin de poder hablar un rato con Eugenia antes que su padre bajase á dar las provisiones, y salíase al jardín asi que oían por la escalera los pasos de M. Grandet.

La pequeña criminalidad de aquella cita matinal que estaba oculta hasta para la madre de Eugenia y que Mariana fingia no ver, daba al amor mas puro del mundo la vivacidad de los placeres vedados. Cuando M. Grandet se iba despues del almuerzo á ver sus propiedades y explotaciones, Carlos se quedaba entre la madre y la hija, sintiendo delicias desconocidas, en prestar sus manos para ovillar el hilo de las madejas; en verlas trabajar y oirlas hablar. La sencillez de aquella vida casi monástica que le reveló las bellezas de aquellas almas, á quienes el mundo era desconocido, le sorprendió vivamente. Habia creído que aquellas costumbres eran imposibles en Francia, y no admitia su ecsistencia mas que en Alemania, aunque no fuese sino fabulosamente, y en las novelas de Augusto Lafontaine. (23) Pero luego Eugenia fué para él el ideal de Margarita de Goethe, pero sin manilla. (24)

En fin, de dia en dia sus miradas y sus palabras hechizaron mas y mas á la pobre doncella que se abandonó deliciosamente á la corriente del amor. Cojió su felicidad á la manera que un nadador toma la rama de un sauce para salir del rio y reposarse en la orilla. ¿No la entristecian ya los pesares de una prócsima ausencia en las horas mas alegres de aquellos fugaces días? Luego cualquier leve acontecimiento la recordaba su cercana separacion. Tres días despues de

la partida de M. de Grassins, Carlos fué conducido por su tío al tribunal de primera instancia, con la solemnidad que la jente de provincia usa en tales casos, á fin de firmar una renuncia á la sucesion de su padre. Reputacion terrible, especie de apostasía doméstica. Luego fuése á ver á M. Cruchot para que le hiciese dos poderes; uno para M. de Grassins, y el otro para el amigo encargado de su mobiliage. Despues fuéron necesarias las formalidades requeridas del que quiere un pasaporte para el extranjero. En fin, cuando le llegaron los sencillos vestidos de luto que habia pedido de Paris, llamó á un sastre de Saumur, y le vendió su guardaropa inútil, acto que plugo singularmente á M. Grandet.

—Bien! héte ahí como un hombre que debe embarcarse y que quiere hacer fortuna, díjole al verle vestido con una levita de paño negro no muy fino. Bien! perfectamente.

—Ruégole á V. que crea, le respondió Carlos, que sabré tener el valor suficiente para conocer mi situacion.

—¿Que es eso? preguntó el avaro, cuyos ojos se animaron al ver un puñado de oro que Carlos le enseñaba.

—He reunido mis botones, mis anillos, todas las superfluidades que tienen algun valor; pero como no conozco á nadie en Saumur, queria rogar á V. esta mañana....

—Que te lo compre, interrumpió M. Grandet.

—No señor, sino que me indique V. alguno que...

—Dame eso, sobrino, yo iré á valorarlo arriba y vuelvo á decirte lo que vale, sin faltar una malla. Oro de joya.... dijo ecsaminando una larga cadena, de diez y nueve á veinte quilates. Abrió luego su ancha mano, y llevóse el oro.

—Prima mia, dijo Carlos, permita V. que le ofrezca esos dos botones, que podrán servirle para hacerse de ellos un bracelete á la moda.

—Acepto sin vacilar, primo mio, dijo ella echándole una mirada de intelijencia.

—Querida tia, aquí tiene V. el dedal de mi madre que he guardado preciosamente en mi *necesaire* de viaje, dijo Carlos presentando un lindo dedal de oro á su tia, la cual hacia diez años que deseaba uno.

Estas palabras fueron pronunciadas con un profundo acento.

—No sé como agradecerlo, sobrino, dijo la vieja, cuyos ojos se llenaron de lágrimas. Mañana y tarde añadiré en mis súplicas la mas viva de todas para V. rezando la de los viajeros. Si yo muero, Eugenia conservará esta joya.

—Esto vale mil nueve cientos ochenta y nueve francos setenta y cinco centésimos, sobrino, dijo

Grandet, abriendo la puerta. Pero para evitarte el trabajo de venderlo, te lo voy á comprar y te lo pagaré *en libras*.

La palabra *libras* significa en el litoral del Loira, que los escudos de seis *libras* deben ser aceptados por seis *francos*, sin deduccion.

—Yo no osaba proponérselo á V., respondió Carlos y me repugnaba, el revender mis joyas en esta villa. Napoleon decia que la ropa sucia debe lavarse en casa. Aprecio pues infinito la complacencia de V.

Grandet se rascó la oreja, y hubo un momento de silencio.

—Mi querido tio, continuó Carlos mirándole con aire inquieto, como si hubiese temido herir su susceptibilidad, mi prima y mi tia han querido aceptar un débil recuerdo mio, quiera V. á su turno aceptar tambien unos botones de camisa que me son inútiles, y ellos le recordarán á V. un pobre muchacho, que léjos de V., pensará ciertamente en aquellos que de hoy mas son toda su familia.

—Chico, chico! no es menester que te desprendas de todo de esta manera... —¿Que es esto? mujer, dijo volviéndose á ella con avidez, ah! un dedal de oro. —¿Y tu, hija mia, toma! toma! broches de diamantes! —Vamos, acepto tus botones, muchacho, añadió apretando la mano de Carlos. Pero... me permitirás que te pague el viaje hasta las Indias. Si; quiero

pagar tu pasaje. Por otra parte ya ves tu mismo que en tus joyas no he contado mas que el oro en bruto; y puede haber alguna ganancia en las hechuras. Asi pues, lo dicho dicho. Te daré un millar de escudos, *en libras*. Cruchot me las prestará, pues yo no tengo un *liar* (25) en casa, á menos que Perrottet, me pague el arriendo que aun me debe satisfacer. Toma, voy á verlo en seguida. Tomó su sombrero, sus guantes y salió.

—Conque quiere V. marchar! dijo Eugenia á su primo echándole una mirada de tristeza mezclada de admiracion.

—Es preciso! dijo Carlos bajando la cabeza.

Hacia algunos dias que el ademan, las maneras, las palabras de Carlos, se habian vuelto las de un hombre profundamente aflijido, pero que, sintiéndose pesar sobre él inmensas obligaciones, adquiere un nuevo valor en su desgracia. No suspiraba ya; se habia hecho hombre. Jamas Eugenia pudo augurar mejor del carácter de su primo que al verle bajar con sus vestidos de paño negro ordinario, que tan bien caían á su pálida figura y asombroso continente. En este dia tomaron el luto las dos mujeres que asistieron con Carlos á un oficio *de requiem* celebrado en la parroquia por el alma de Guillermo Grandet.

Al medio dia, Carlos recibió cartas de Paris y las leyó.

—Y bien, primo mío, ¿está V. contento por sus negocios? díjole Eugenia en voz baja.

—No hagas jamas estas preguntas, hija mia, respondió Grandet. ¿Por qué has de meterte en los negocios de tu primo? Déjale estar.

—Oh! yo no tengo secretos, dijo Carlos.

—Ta, ta, ta, ta, sobrino, mas tarde sabrás lo que conviene contener la lengua en asuntos de comercio.

Cuando los dos amantes estuvieron solos en el jardín, Carlos dijo á Eugenia, atrayéndola al viejo banco en que se habian sentado antes debajo del nogal:

—Habia presumido bien que Alfonso se portaria como un hombre. Ha concluido mis negocios con prudencia y lealtad. Ya no debo nada en Paris, todos mis muebles están vendidos, y me anuncia, despues de los consejos de un capitán de larga esperiencia, que ha empleado tres mil francos que le quedaban en una pacotilla compuesta de curiosidades europeas, de que se saca un buen partido en Indias. Ha dirijido mis fardos á Nántes, en donde se halla un barco cargado para Java. De aqui á cinco dias, Eugenia, será menester despedirnos, para siempre tal vez, aloménos para largo tiempo. Mi pacotilla y diez mil francos son un muy pequeño comienzo: no puedo pues pensar en mi vuelta de muchos años. Siendo asi, querida prima, no pongá

V. en balanza mi vida y la de V.; yo puedo morir: tal vez se la presentará un rico partido...

—¿Me ama V.? dijo ella.

—Oh! sí, muchísimo.

—Esperaré, Carlos. ¡Dios mio! mi padre está en la ventana, exclamó, repeliendo á su primo, que se acercaba para abrazarla. Y habiendo corrido á ocultarse bajo la bóveda, Carlos la siguió: al verle Eugenia, retiróse al pié de la escalera, abrió la puerta batiente, y sin saber adonde iba, encontróse ante el cuchitril de Mariana, en el paraje ménos claro del pasillo. Carlos, que la habia acompañado hasta allí, la tomó la mano, atrájola sobre su corazón, abrazóla por la cintura y la apoyó suavemente sobre sí. Entonces Eugenia no resistió ya, y recibió y dió el mas puro, el mas dulce, pero tambien el mas entero de todos los besos.

—Querida Eugenia, la dijo Carlos, un primo vale mas que un hermano pues que puede desposarte.....

—Así sea! respondió Mariana abriendo la puerta de su cuarto. Los dos amantes espantados corrieron á la sala donde Eugenia se puso á trabajar y Carlos á leer las letanías de la virgen en el devocionario de madama Grandet.

—Toma! dijo Mariana, todos rezamos.

Desde que Carlos manifestó su prócsima partida, M. Grandet se puso en movimiento para hacerle

creer que le llevaba mucho interés. Mostróse liberal de todo lo que no le costaba nada, y encargóse de buscarle un embalador; pero pensando que costarian sobrado caras las cajas, hechas por aquél, quiso á todo trance hacerlas él mismo, y empleó para ello tablas viejas. Levantóse muy de mañana para cepillar, igualar, ajustar, y clavar las tablas, de que hizo hermosas cajas, en las cuales embolsó todos los efectos de Carlos, encargándose de hacerlos embarcar en el Loira, asegurarlos, y despa- charlos en tiempo útil en Nántes.

Después del beso que recibió en el pasillo, las horas pasaban para Eugenia con admirable rapidez: á veces veíase tentada á seguir á su primo. El que haya conocido la más fuerte de las pasiones, aquella cuya duracion es abreviada cada dia por la edad, por el tiempo, por una enfermedad mortal, por alguna de las fatalidades humanas, podrá tan solo conocer los tormentos de Eugenia. Lloraba con frecuencia por aquel jardin, que entonces demasiado estrecho para ella, así como el patio, la casa, y la villa entera, y se lanzaba de antemano por la vasta estension de los mares.

Al fin llegó el dia anterior al de la partida. Por la mañana, durante la ausencia de M. Grandet y de Mariana, el precioso cofrecillo en que se hallaban los dos retratos, fué solemnemente instalado en el único cajon del baul que cerraba con llave y en que

estaba la bolsa vacía. El depósito de ese tesoro fué acompañado de un gran número de besos y lágrimas; y al esconder Eugenia la llave en su pecho, no tuvo valor para impedir que besase Carlos aquel precioso lugar.

— Jamas saldrá de aquí, amigo mio.

— Y aquí, amor mio, estará siempre mi corazón.

— Ah! Carlos, esto está mal hecho, dijo ella con un acento algun tanto resentido.

— ¿Por qué? ¿no somos casados? respondió Carlos, yo tengo tu palabra; toma tú la mia.

— Siempre tuya!

— Tuyo para siempre!

Jamás promesa alguna fué mas pura sobre la tierra; el candor de Eugenia habia momentáneamente santificado el amor de Carlos.

A la mañana siguiente el almuerzo fué triste. Apesar del vestido de oro y una cruz hermosa que le habia regalado Carlos, la misma Mariana, mas libre de espresar sus sentimientos, derramó algunas lágrimas.

— Pobre señorito! se va por el mar! Dios le acompañe!

A las diez y media la familia se puso en camino para acompañar á Carlos á la diligencia de Nántes. Mariana habia soltado al perro, cerrado la puerta, y quiso llevar el *saco de noche* de Carlos. Toda la jente de aquella antigua calle aguardaba en

pié sobre el umbral de las tiendas , para ver pasar la comitiva , á la que se juntó en la plaza maese Cruchot.

-- No llores Eugenia , la dijo su madre.

-- Sobrino mio, dijo M. Grandet abrazando á Carlos pártes pobre, vuelve rico, y hallarás salvo el honor de tu padre. De eso yo te respondo, yo, Grandet, y solo dependerá de tí que.....

-- Ah! tío, V. dulcifica la amargura de mi partida. ¿No es este el mejor regalo que podia V. hacerme?

No comprendiendo Carlos las palabras del viejo tonelero á quien él habia interrumpido, derrámaba sobre el curtido rostro de su tío lágrimas de reconocimiento, miéntras que Eugenia apretaba con todas sus fuerzas las manos de su primo y de su padre.

Solamente el notario se sonreía admirando la astucia de Grandet, porque él solo le habia comprendido bien.

Los cuatro Saumurenses permanecieron rodeados de muchas personas delante de la diligencia hasta que partió; luego cuando hubo desaparecido y no resonaba mas que á lo léjos: -- Buen viaje! dijo el viñero.

Afortunadamente nadie sino maese Cruchot oyó esta exclamación. Eugenia y su madre se habian ido á una subida del camino desde donde podian divisar todavía la diligencia, y ajitaban sus pañuelos

blancos, signos á que correspondió Carlos desplegando el suyo tambien.

-- Madre mia, quisiera tener por un momento el poder de Dios, dijo Eugenia luego que dejó de ver el pañuelo de Carlos.

Ahora será menester para no interrumpir los sucesos que pasaron en el seno de la familia Grandet, echar anticipadamente una mirada á las operaciones, que el buen tío practicó en París, por su intermediario M. de Grassins.

Un mes despues de la partida del banquero, M. Grandet poseía una escritura de doscientas mil libras de renta compradas á ochenta francos en limpio. Las noticias dadas en su muerte por su inventario no han prestado la menor luz sobre los medios que su desconfianza le sugirió para cambiar el precio de lo escritura con la escritura misma. Maese Cruchot creyó que Mariana, sin saberlo ella misma, fué el instrumento fiel del transporte de los fondos: porque en aquella época la criada estuvo ausente unos cuatro dias so pretesto de ir á arreglar alguna cosa en Froidfond, como si el avaro hubiese sido capaz de descuidar algo.

En cuanto á lo concerniente á los negocios de la casa Guillermo Grandet, todas las previsiones del tonelero se realizaron.

En el banco de Francia se hallan, como todo el mundo sabe, las noticias mas ecsactas sobre las

grandes fortunas de Paris y de los departamentos. Los nombres de M. de Grassins y de M. Felix Grandet de Saumur eran en ella bien conocidos y gozaban de la estima acordada á los célebres financieros que se apoyan sobre inmensas propiedades territoriales, libres de hipotecas. La llegada del banquero de Saumur, encargado segun se decia, de liquidar por honor la casa de Grandet de Paris, bastó pues para evitar á la sombra del negociante la vergüenza de las protestas. Levantáronse los sellos en presencia de los acreedores y el notario de la familia procedió regularmente al inventario de la sucesion. M. de Grassins reunió muy pronto á los acreedores, que unánimes elijieron por liquidadores al banquero de Saumur, en union con uno de sus cofrades de Paris, principal de una rica casa, uno de los mas interesados, y les confiaron plenos poderes para que pudiesen salvar á la vez el honor de la familia y los créditos. El de Grandet de Saumur, la esperanza que este derramó en el corazon de los acreedores, cuyo órgano fué M. de Grassins, facilitó las transacciones, sin hallarse uno solo que se hiciera dificultoso entre los acreedores: Nadie pensaba en pasar su crédito en cuenta de pérdidas y ganancias, y cada uno se decia:—«M. Grandet de Saumur pagará.»

Pasaron seis meses. Todos los parisienses se habían reembolsado ya los efectos de circulacion, y los

conservaban en el fondo de sus carteras. Este era el primer resultado que el tonelero queria obtener.

Nueve meses despues de la primera reunion los dos liquidadores distribuyeron el veinte y dos por ciento á cada acreedor. Esta suma fué el producto de la venta de los muebles, posesiones, bienes y casas del difunto Guillermó Grandet, cuya venta fué hecha con escrupulosa fidelidad.

La probidad mas ecsacta presidia á esta liquidacion, y los acreedores se complacieron en reconocer al admirable é incostestable honor de los Grandet. Cuando estas alabanzas hubieron circulado convenientemente, los acreedores demandaron el resto de su dinero, y fué preciso escribir una carta colectiva á M. Grandet.

—¡Aqui os queria, amigos míos! dijo tirando la carta al fuego. Paciencia, paciencia! Por respuesta á las proposiciones contenidas en dicha carta, M. Grandet de Saumur pidió que se depositasen en poder de un notario todos los títulos de crédito existentes contra la sucesion de su hermano, acompañando un estado de pagos hechos ya, bajo pretesto de apurar cuentas y establecer correctamente el estado de la sucesion. Este depósito sublevó mil dificultades.

El acreedor por lo jeneral es una especie de maníatico. Hoy está pronto á transijir; mañana quiere pasarlo todo á sangre y á fuego; mas tarde se obli-

ga á una transaccion. Hoy su mujer está de buen humor, á su hijuelo le empieza á despuntar algun diente, todo marcha bien en la casa, y no quiere perder un dia; mañana llora, no puede salir, está melancólico y dice que *si* á todas las proposiciones que *pueden terminar un asunto*, la mañana siguiente necesita garantías; al fin del mes quiere ejecutar, ¡verdugo!

Grandet habia observado las vicisitudes atmosféricas de los acreedores, y los de su hermano obedecieron á todos sus cálculos. Algunos pocos tan solo se irritaron y se negaron *netamente* al depósito.

— Bueno! eso va bien! se decia Grandet frontándose las manos, á la lectura de las cartas que al objeto le escribia M. de Grassins.

Algunos otros no consintieron en el citado depósito sino bajo la condicion de hacer constar bien sus derechos, sin renunciar á ninguno de ellos, y reservándose el de hacer declarar la quiebra. Nueva correspondencia, despues de la cual Grandet de Saumur consintió en todas las reservas pedidas. Mediante esta concesion, los acreedores *benignos* hicieron entender la razon á los acreedores *duros*, y tuvo lugar el depósito, no sin algunas quejas.

— Ese diablo, decian á Grassins, se mofa de nosotros y de V.

Veinte y tres meses despues de la muerte de Guillermo Grandet muchos comerciantes, arrastrados

por el movimiento de los negocios de Paris, habian olvidado sus recobros. Por lo que toca á Grandet ya no pensaban en él mas que para decirse:— Empiezo á creer que todo lo mas que podré sacar de esto será el veinte y dos por ciento.

El tonelero habia calculado sobre el poder del tiempo, que, segun él decia, era un buen diablo. Pero la palabra de que se servia empezaba por la segunda letra del alfabeto, y causa aquí una lijera inexactitud. (26)

Al fin del tercer año M. de Grassins escribió á M. Grandet, que mediante el diez por ciento de dos millones cuatrocientos mil francos que quedaban en deuda por la casa Grandet, habia inducido á los acreedores á devolverle los títulos.

M. Grandet respondió que el notario y agente de cambios, cuyas espantosas quiebras habian causado la muerte de su hermano, vivian todavía, *vivian!* se habian vuelto íntegros, y que era menester accionarles á fin de sacar de ellos alguna cosa y disminuir la cantidad del déficit.

A últimos del cuarto año, el déficit fué reducido bien y debidamente á la suma de dos millones. Hubo cuestiones que duraron seis meses entre liquidadores y acreedores, entre aquellos y M. Grandet. En una palabra, amenazado vivamente M. Grandet de Saumur con la ejecucion, respondió á los dos liquidadores, hácia el noveno mes de aquel mismo año,



que su sobrino habia hecho fortuna en Indias, y que, habiéndole manifestado la intencion de pagar íntegramente las deudas de su padre, él no podia ni queria saldarlas fraudulentamente *sin haberle consultado*, y que por lo tanto esperaba una respuesta.

Los acreedores á mediados del quinto año estaban todavía en espectacion sobre la palabra *íntegramente* soltada de vez en cuando por el sublime tonelero, que se reia á sus barbas y que acompañaba de una sonris ó un juramento la palabra: —BUENOS PARISIENSES!!!!...

Empero los acreedores fuéron reservados á una suerte inaudita en los fastos del comercio; y se hallarán por consiguiente en la posicion misma en que les habia mantenido M. Grandet en el momento en que los acontecimientos de esta historia les obligarán á reaparecer en ella.

Cuando las rentas llegaron á 109, el tio Grandet vendió, retiró de Paris cuatro millones, tres cientos mil francos en oro, que reunieron en sus barrilitos el millon y quinientos mil francos de intereses compuestos que le habian dado sus inscripciones.

M. de Grassins vivia en Paris; hé aqui el porqué: De pronto fué nombrado diputado; despues fastidiado de la vida Saumurensé, se enamoró, aunque padre de familia, de una de las mas lindas actrices del teatro de Madama, (27) y seria inútil

hablar aquí de su conducta. En Saumur fué juzgado de profundamente inmoral. Su mujer fué bastante feliz en tener separados sus bienes y en conservar suficiente talento para gobernar la casa de Saumur cuyos intereses continuó bajo su nombre, á fin de reparar los descabros hechos á su fortuna por M. de Grassins.

— El marido de V. no tiene sentido comun, decia M. Grandet en el acto de prestar una suma á madama de Grassins, mediante hipoteca. La compadeczo á V. mucho: V. es una buena mujer.

— Ah! señor, respondia la pobre señora ¿quien habia de creer que el dia en que se separó de V. para ir á Paris, corria á su ruina?

— El cielo me es testigo, señora, que hice todos los esfuerzos posibles hasta el último momento para impedir que fuese: el señor presidente queria á todo trance reemplazarle, y si él se empeñó tanto en prestarse á ello, ya sabemos ahora porqué.

De este modo M. Grandet no debia obligacion alguna á M. de Grassins.